

OBRAS POÉTICAS

DE

DON JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

DE LA ACADEMIA MEJICANA

CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

PUBLÍCANLAS SUS HIJAS

CON UNA

INTRODUCCIÓN

POR

DON IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN

OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ

TOMO PRIMERO.



MÉJICO

IMPRENTA I. ESCALANTE, S. A.

I.ª CALLE DE 57 NÚM. 8.

1913



ACERVO D. LITERATURA

113183

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Calle 125, MEXICO, D.F.

32344

PQ 7297

. R7

A17



EDICIÓN COMPLETA DE 200 EJEMPLARES
NUMERADOS.

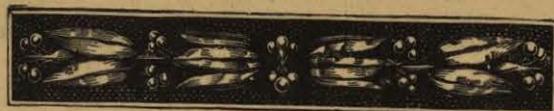
Ejemplar núm. 58.

Núm. Clas. M 861.6
Núm. Autor. R 6280
Núm. Adg. 32344
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 629

INTRODUCCIÓN

861

R. B.



DON JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

Y SUS OBRAS.

I

CL autor de estos apuntes ha acostumbrado, desde niño, llevar un diario en que asienta los acontecimientos que más ó menos se refieren á su vida. En el tomo correspondiente al año de 1908, el día 11 de Octubre se encuentra esta fúnebre nota: «Los periódicos trajeron la infausta nueva de la muerte de Don José María Roa Bárcena. Aunque esperada, pues tenía 81 años, es un gran golpe para mí. El 8 de Diciembre hará 50 años que nos conocimos. Fué mi amigo íntimo, confidente y censor, y por él pasaban no sólo mis versos, sino mis pastorales y sermones. R. I. P.»

Pocas páginas antes, el 21 de Septiembre, se lee lo que sigue: «Como supe después en Madrid, hoy á las 9.15 de la mañana murió en Méjico mi grande ami-

go de casi medio siglo, Don José María Roa Bárcena. Lo quise mucho, y lo estimé mucho más. Al trazar estas líneas me asaltan los recuerdos de tantas épocas en que nuestras vidas corrieron juntas, en los salones de Pesado, en la Redacción de su periódico, en casa de Susana, en nuestros paseos literarios y amistosos. Me voy quedando solo de veras. Quisiera poder todavía pulsar la lira, para componerle una elegía.»

Una elegía no; pero sí unos apuntes biográficos, necrológicos, críticos, ó como quiera llamárseles, me propongo escribir á ruego y encargo de algunos de sus deudos y fieles amigos y admiradores. Consideraré á mi difunto amigo principalmente como escritor y lo juzgaré con la imparcialidad que debe distinguir al crítico; pero no será posible evitar que hable á veces el corazón.

Como arriba indiqué, la mañana del 8 de Diciembre de 1858 nos presentó un amigo de entrambos. Era éste un viejo solterón, de grandes cualidades y alta posición social y política; pero también con todos los defectos y genialidades propios de su estado y edad. Apenas nos separamos del nuevo amigo, me dijo ásperamente: «Hacía largos meses que no le hablaba. Se casó demasiado joven, desoyendo mis consejos, y he reñido con él.»

¡Demasiado joven! Había nacido en Jalapa el 3 de Septiembre de 1827, siendo sus padres Don José María Rodríguez Roa y Doña María de la Concepción

Bárcena. Contaba, pues, 31 años cuando lo conocí, y hacía 10 meses que había contraído matrimonio con Doña María de la Paz Villamil. Si casarse á los 30 años es apresurarse más de lo debido, á otros toca juzgar.

Aunque era la primera vez que lo veía, puedo decir que hacía varios meses que era yo íntimo amigo del poeta, del periodista, del castizo escritor que se firmaba, ya José María Roa Bárcena, ya con su *nom de plume*, ANTENOR. Después de una larga residencia en Inglaterra, hacía poco tiempo que había regresado al país; y el primer libro en castellano que se puso en mis manos fué «La Cruz.» Acababa de suspender su publicación esta Revista, y en sus siete volúmenes, se veía á cada paso la firma de Don José María Roa Bárcena. Poesías largas y breves, artículos apologéticos é históricos, novelas y cuentos originales y traducidos, noticias bien escogidas, sátiras y controversias, todo abrazaba el fecundo ingenio del joven escritor, y lo hacía simpático á todos sus lectores.

Yo fuí desde luego su admirador. El sabor clásico de sus versos me hizo creer que habría pasado largos años estudiando los autores griegos y latinos. El aplomo y acierto con que trataba las cuestiones religiosas, me hacía suponer que había cursado el Derecho Canónico y quizá la Teología en alguna célebre Universidad. Sus traducciones de varios idiomas, siempre fieles y elegantes, y su criterio al hablar de

política extranjera me sugerían la idea de que era un viajero consumado, y aun quizás alumno de algún Colegio europeo. Grande fué mi asombro, cuando supe, muchos años después, que no había estudiado gramática latina, que todo lo había aprendido sin salir del país, que había formado por sí solo su gusto literario, y que el estilo clásico era en él instintivo. Se había dedicado desde la adolescencia, al comercio, y de su risueña Jalapa había venido á la Capital, ya como escritor, en 1853.

En los meses que pasé en Méjico, el año de 1859, antes de regresar á Europa, lo encontraba yo en la Redacción de *La Sociedad* y en las tertulias de Don José Joaquín Pesado. En aquélla se reunían cuantos conservadores brillaban en la capital, cuantos se refugiaban en Méjico huyendo de la guerra cuyos estragos se sentían con más violencia en las provincias. El papel de un adolescente, como yo, que contaba apenas 18 años, era el de ver, oír y callar, ó entregar temblando mis primeros ensayos en prosa y verso. Mi amistad íntima con Roa no era ni podía ser recíproca. Yo hacía tiempo que admiraba y estimaba al escritor; él no pudo darme su confianza y estimación sino mucho más tarde, cuando yo también fuí escritor, sacerdote y Prelado.

Todos los que allí concurríamos éramos fervientes católicos y fieles hijos de la Iglesia, por quien estábamos dispuestos á derramar nuestra sangre, como mu-

chos en realidad lo hicieron. Pero en otros puntos no comprendía yo bien ciertas apreciaciones que brotaban á cada paso de los labios de los concurrentes. En Inglaterra, donde me eduqué, me habían enseñado á amar las libertades Inglesas, de la prensa, de la palabra, del pensamiento, y á admirar la constitución Británica, sin que se consideraran opuestas á nuestra Santa Religión. Algo extraño me parecía, por tanto, el horror instintivo á toda constitución y el odio á toda clase de libertad. Roa era el que menos exagerado se mostraba en este sentido; y lo menciono porque ahora se le supone el más rancio y el más intransigente de los retrógrados, aunque nunca se le ha negado la hidalguía, la caballerosidad y la finura.

De muy diverso género eran las tertulias de Pesado. Reunía este poeta en su casa á todos los jóvenes que cultivaban las musas, ó eran aficionados á las letras y á las artes. Sus hijas atraían á los jóvenes con su hermosura, su talento, su amabilidad y exquisito trato. El deseo de agradar á las damas hacía que los aspirantes á poetas pulieran sus versos; y la amable severidad con que Pesado, maestro de todos, censuraba los más leves defectos, hacía que se esmerasen en corregirlos y limarlos. Allí se formó una escuela de corrección y buen gusto, que resplandeció no sólo en los que siguieron cultivando las musas y adquirieron cierto renombre, sino también en los que colgaron la lira al disolverse aquellas reuniones.

Por supuesto, que los que participaban de las ideas religiosas y políticas del Anfitrión y de sus piadosas hijas, eran los más agasajados. Pero no se excluía á los que de otra manera pensaban, como lo probará el siguiente ejemplo, entre muchos. Fué el año de 1859 uno de los más aciagos en la historia de la revolución. En Abril fué sitiada la Capital por el ejército constitucionalista, que se vió obligado á retirarse ante las fuerzas de Miramón y de Márquez. Entonces fué cuando tuvieron lugar aquellos fusilamientos de infausta memoria, que ordenados en un momento de irreflexión, han sido tormento eterno de quien encendió aquel fuego fatal.

Pues bien, uno de los más asiduos concurrentes á las tertulias de Pesado debió haber caído en Tacubaya, víctima de lo que juzgaba su deber de médico. El fué con Díaz Covarrubias, y Mateos, y Jáuregui, á solicitar del General en jefe el permiso para pasar al campo enemigo á prestar sus servicios en los hospitales de sangre. El, juntamente con ellos, oyó del General la respuesta: «Si queréis curar heridos, sobran pacientes en nuestras filas. No hay necesidad de ir á engrosar las de nuestros contrarios, ostentando la divisa de oficiales asimilados, y exponiéndooos á las funestas consecuencias de vuestra mal entendida filantropía.» El, juntamente con ellos, resolvió desoir la prohibición del General y cruzar las trincheras sin salvoconducto, exponiéndose á todos los peligros por su

amor á la ciencia y sus simpatías á los sitiadores. Una casualidad hizo que llegara tarde á la línea de circunvalación, escapando así providencialmente á la triste suerte de sus compañeros.

No por esto se le cerraron las puertas de la casa de Pesado, y únicamente lo persuadieron sus hijas á practicar los ejercicios espirituales de San Ignacio. Tampoco se cerraron á otros que, corderos en el salón, se mostraban muy diferentes, cuando, pistola al cinto, y alerta para no ser agredidos en alguna bocacalle, como acaecía á menudo en aquella época aciaga, salíamos de aquella casa de tan gratos recuerdos.

Roa ocupaba en ella una posición excepcional. Conmilitón de Pesado en las columnas de *La Cruz*, y su discípulo de un modo especial, tenía con la familia una estrechez paternal, que le sirvió muchísimo, como después veremos, no sólo en el campo de las letras, sino en lo que ahora se llama *la lucha por la vida*. En este círculo, entregado á las letras y á las lides periodísticas, lo dejé yo cuando regresé á Europa á continuar mis estudios en Roma. Era la época de las ilusiones y el entusiasmo, y su ingenio dió á luz sus mejores poesías. No lo volví á ver sino seis años más tarde, en lo que podemos llamar su época de desencantos. Voy á poner ante los lectores algunas de las poesías escritas en la primera; y verán la diferencia que media entre éstas, y las que escribió en los años de la desilusión y el desaliento.